

## LA DANZA DE LOS DIAS.—

## CIEN HORAS DE LA POLITICA

Por CARLOS FORTIN GAJARDO

Aun cuando el joven y notable dramaturgo, Sergio Vodanovic, quiere situar su obra "El senador no es honorable", en un punto imaginario, ella bien puede tener como escena real y viva cualquier país del mundo en donde existan parlamentarios y periodistas de color.

Por primera vez en Chile una obra teatral aflora con un contenido tan humano, que el espectador no sabe si está presenciando un suceso reciente, animado por personajes de la vida real, o bien, sólo la crítica constructiva, pero descarnada de una sociedad que ha olvidado los principios fundamentales de la moral.

El parlamentario, el político que entrega su actividad, su talento y su vida a la cosa pública, debe necesariamente hacerlo con absoluta probidad.

De ahí que sea necesario promover una reforma constitucional que haga incompatible toda función, negocio o desempeño de una profesión con la calidad de legislador.

El abogado parlamentario está siempre a un paso de la gestión privada, y, a cada instante, bajo la sospecha pública. Con mayor o igual razón cae en el comentario justo o injustificado, el industrial, el agricultor, el gran accionista de sociedades anónimas o de monopolios que llega a ocupar un cargo llamado de representación popular.

Tanto el caso del senador Cruz, de la obra de Vodanovic, como el de Fariás, pueden, como decimos, situarse en cualquier punto del mundo. Político venal y periodista venal existen en todas partes.

Pero la obra, por su valentía, por su exacto conocimiento de las flaquezas y de las miserias humanas, es un documento vivo y valioso de una sociedad que se defiende valerosamente de la desintegración que la amenaza.

Ha contribuido en muy buen momento a las superiores labores de un tribunal que debería existir permanentemente: el tribunal de la crítica social y política, el austero tribunal que juzgaría sin aplicar castigos económicos o corporales a los desvergonzados que negocian con ideales.

Basta sólo echar una ojeada a los balances de las sociedades anónimas de los últimos treinta años, para tener un panorama más o menos exacto acerca del papel que juega la po-

lítica en la industria y en el crédito.

Por eso no existen razones atendibles para que el Parlamento rasgue sus vestiduras, frente a las consideraciones que ha formulado la presidencia de la Caja Nacional de Ahorros, con respecto a los créditos de los congresales.

Si a la política se la considera una industria, es justo que se le dé el tratamiento de tal en las operaciones bancarias. Pero que se diga esto con claridad. Si por el contrario, se la encasilla en "el arte de gobernar", es necesario rodearla de toda la autoridad moral y de la solvencia que exige una democracia que pugna por su perfeccionamiento creciente.

De ahí que parezca saludable, desde todo punto de vista, la investigación que taxativamente ha solicitado el presidente de la Caja Nacional de Ahorros. Para nadie es un misterio que no sólo existe el crédito político, sino que también el crédito electoral, el cual goza de prioridad sobre los préstamos para obras reproductivas, para la industria esforzada y para el comercio.

Hace algunos años (diez o quince), se paseaba por los pasillos de cierto Congreso (aquí nos situamos con el autor de "El Senador no es Honorable"), un conocido "Ministro de Relaciones" de una Compañía extranjera. Y lo más pintoresco es que en sus bolsillos portaba un cheque en blanco, según él, con el objetivo de asegurar una votación.

Hace también algunos años (dos o tres), un consorcio especulador reconocido, enemigo del interés público, obtenía entre otras cosas, que, mediante cierta cantidad de dinero en cheque o dinero fresco, se le publicase un editorial en favor de su repudiada tesis.

Este es el binomio Cruz-Fariás, que con tanto talento y percepción psicológica ha mostrado Vodanovic, en toda su desnudez.

Un humorista definió perfectamente nuestro país, cuando dijo: "Chile es una larga y angosta mesa de banquete, en la cual no todos los que se sientan, comen".

Para que coman los radicales, los liberales, los conservadores y otros partidos, tienen que ayunar democráticos y socialistas. No es posible realizar un Gobierno nacional a base de empleos públicos. Faltan, incuestionablemente, muchos empleos para satisfacer las necesida-

des fisiológicas de 20 partidos políticos.

Los grupos partidistas, en número superior a tres o cuatro, no sólo producen confusiónismo y disturbios en el organismo social, sino que efectivamente encarecen la vida. Representan los costos invisibles de las industrias, como los que representan algunos periodistas despreciados, y ciertos políticos traficantes.

Cada industria tiene sus costos invisibles, con lo cual sus dueños se defienden y flotan en casi todos los Gobiernos.

Como no existe un Ministerio de Costos, y como los sueldos de los funcionarios encargados de la vigilancia contra la especulación, resultan muy flacos, el industrial, generalmente extranjero, que come con el cuchillo, pero que generosamente ofrece un whisky en el Chez Henry, fija sus precios, y con orgullo legítimo, los ve a breve plazo legalizados en un decreto. Para ello es necesario, entre otras cosas, pagar, no ya para que la prensa informe, sino que, por el contrario, para que no hable. Se presenta entonces la paradoja de que la noticia que no es publicada es la más interesante.

Para ello, hay que acudir a "Fariás", el personaje de Vodanovic, ya sea en el campo industrial, deportivo, radial o turístico.

Los acontecimientos últimos y su secuela, indican que los partidos políticos no fueron derrotados el 4 de septiembre. Por el contrario, frente a la próxima jornada electoral de marzo han recrudecido en forma alarmante. A ningún Gobierno, que no sea impuesto por un movimiento popular de fuerza, libre de tutelaje constitucional, le interesa divorciarse de los partidos políticos. La organización de estas colectividades, no solamente es casi perfecta en lo que se refiere a juego de intereses, sino que es también poderosa y temible.

El caso del radicalismo es típico en la historia de nuestro país. En el Gobierno resulta peligroso, pero mucho más desde la oposición. Lo demostró palmariamente en 1938, como eje del Frente Popular, movimiento de masas de avanzada que limitaba con el Partido Comunista.

Los radicales, hombres de Derecha Económica de aquel entonces, dirigieron admirablemente a los ultra izquierdistas y derrotaron con ellos a liberales y conservadores. ¿Para qué? Muy sencillo,

para unirse a liberales y conservadores a poco andar, con el objeto de desplazar a socialistas, comunistas y otros elementos de la extrema social.

En este hermoso y gran país que es nuestro Chile, cuando termina una enconada lucha política y electoral, no hay vencedores ni vencidos. Más bien dicho, los vencidos dan la impresión de ser los vencedores.

Los partidos políticos, con su dialéctica, con su lenguaje siempre oportuno, con la hermenéutica ya tradicional aplicada a cada caso específico, se entienden muy bien.

Hace algunos años, cuando la Derecha eligió Presidente de la República a Juan Esteban Montero, un diputado extremista gritó a los radicales que aquello significaba una claudicación. ¿Por qué?, respondió don Justiniano Sotomayor, quien posteriormente dió el grito frentista en el radicalismo chileno. ¿Por qué, una claudicación? Nosotros nos unimos a los conservadores y a los liberales para defendernos de los forajidos. No es más que un pacto de supervivencia. En tiempos de la Colonia también se unían hombres de todos los credos y doctrinas políticas o religiosas para hacer juntos el camino entre Santiago y Valparaíso, con el objeto de protegerse de los asaltantes.

Así se explican los pactos. Cuando se habla de "salvar la democracia, nuestras instituciones fundamentales, la paz social y la libertad de expresión", bien puede leerse entre líneas: los puestos públicos, las granjerías, las sinecuras y el gran capital, cuya prensa es baldón de una democracia.

Los partidos y grupos políticos e independientes que dieron el triunfo a Ibáñez, están protagonizando "el conflicto después de la victoria".

Las próximas jornadas electorales colocan a esos grupos heterogéneos en posturas divergentes que pugnan por la obtención de sillones parlamentarios, o, en el terreno más elevado, por imponer sus principios programáticos frente a medidas anunciadas por el Gobierno.

Una parte de las fuerzas ibañistas no se siente genuinamente representada en el primer Gabinete del General Ibáñez. Los grupos de origen nacional socialista, o los socialistas, debilitados o no, estiman que en este Ministerio prima el criterio liberal, que queda evidenciado en las negociaciones del

Ministro de Hacienda con la Derecha para obtener Facultades Económicas.

¿De qué sirven —se preguntan— las Facultades Económicas si ellas tendrán que ir en contra de los principios sustentados durante la campaña?

Y no dejan de tener razón. El poder de la Derecha y del dinero es tan enorme, que nuestro país no podrá ver convertidas en realidad sus aspiraciones de estatización del negocio de los seguros ni la nacionalización de sus fuentes extractivas de riqueza, si no media una verdadera revolución.

Y la cosa es muy sencilla, y su explicación clara y meridiana: en Chile los políticos piensan con la Izquierda y actúan con la Derecha.

Resulta lógico entonces que un Gobierno, de tipo constitucional, rodeado de constitucionalistas, muchos de ellos de tendencias liberales, busque el apoyo de los partidos organizados, ya sea a base de núcleos de asalariados fiscales, semi-fiscales o de administración autónoma o, simplemente, en base a intereses de la industria, del comercio, de la actividad agropecuaria y de la alta banca.

La masa sólo da disgustos. Es inconformista, abstracta; oye demasiado la demagogia y cree que el fenómeno inflacionista sólo existe en nuestro país. La Derecha, en cambio, es culta, perfumada, de buenos modales. Comprende perfectamente los problemas. Sabe que la crisis de los países sólo puede conjurarse a base de mayor producción y de mayor rendimiento de los obreros; sustentándose en la no alza de salarios y sueldos y en los reajustes convenientes de los precios, con el objeto de que los capitales no se amedrenten y emigren. El pueblo, la masa, el 85 por ciento de la población debe solucionar la crisis con su sudor y con sus lágrimas. "Esta es la doctrina".

No es posible comparar el cerebro con el músculo ni la bestia de trabajo con el espíritu creador del millonario que fué educado en la Universidad y que compró, desde muy joven, su sillón parlamentario, al contado, sin enredos de letras, de pagarés ni de cheques,

## RESUMEN:

1 Que los radicales entrarán a formar parte del Gobierno, resulta una verdad inconcusa. El radicalismo nació para el Poder. Es un mal nece-

(PASA A LA PAGINA 7)